



Retrato de D. José Nicolás de Azara y Pererá, primer marqués de Nibbiano.

BIOGRAFIA.

Nació Azara en Barbuñales de Aragón, provincia de Huesca, el día 5 de diciembre de 1730, de una de las familias mas ilustres y de esclarecida nobleza de aquel antiguo reino. Habiendo estudiado en la Universidad de Huesca, en donde se graduó de doctor en jurisprudencia, pasó á Salamanca en 1749 al colegio de San Salvador de Oviedo, en el que sirvió la plaza de bibliotecario. Llegando á la corte la fama de su claro saber y privilegiado talento, Carlos III le confirió una plaza de oficial en la Secretaría de Estado en 1760, y la facilidad y tino con que desempeñó cuantos asuntos se le cometieron; le valió ser nombrado, en 1763, *Agente general de España en Roma* cerca de la santidad del papa Clemente XIII.

Desde su llegada á la capital del orbe católico, su casa fué el punto de parada de todos los sabios, el refugio de los artistas y hombres de letras, y el mejor liceo ó academia científica, literaria y artistica de Roma.

Arbitro Azara, por decirlo así, de los destinos de Roma en el Pontificado de Pio VI, cerca de cuya persona fué embajador de España con retencion de la Agencia, no solo atajó en medio de su carrera de reformas eclesiásticas á su amigo el emperador de Austria José II, con el que arregló personalmente las diferencias que tenia con el Papa, á Leopoldo, gran Duque de Toscana y al Duque de Parma Fernando I, que se hallaban indispuestos con el expresado Pontífice, y librado la Ciudad Santa del gran peligro que corrió en el motin de 1793, si que tambien detuvo al coloso del siglo, al indómito *Napoleon Bonaparte*, cuando en 1796 se dirigia á Roma con su ejército para castigar los ultrajes que suponía la Francia republicana le habia hecho el Pontífice y los romanos, logrando de aquel genio de la guerra el *Armisticio de Bolonia*. Por este hecho fué proclamado el *Libertador* de Roma, nombrado uno de sus sesenta Senadores, y obtuvo el honor de que se le acuñase una medalla con su busto.

Durante la revolucion francesa, las familias proscritas del desventurado Luis XVI y de Orleans obtuvieron de él una generosa y magnífica hospitalidad; y como el desgraciado Pio VI

le debiera tambien sumos cuidados y atenciones en el tiempo de su ostracismo, en su compañía y por su consejo, hizo la hula por la que pudo despues ser elegido fuera de Roma su sucesor *Pio VII*, al que tambien hizo servicios importantes.

Nombrado Azara, en 1798, embajador de España cerca del Directorio de la República francesa que le recibió, para mas honrarle, en audiencia extraordinaria, y poco despues de Portugal para arreglar su paz con la República, escribió su preciosa *Memoria sobre la pacificación general de Europa*. Llevó en aquel cargo su beneficencia hasta Constantinopla, en donde alivió la suerte de los franceses prisioneros del Gran Señor, cuyo gobierno solo por su medio quiso contratar los socorros para ellos, y llegó á tal su ascendiente con el Directorio ejecutivo de la República, que solo á él respetaba entre los diplomáticos, y á su petición cerró los clubs revolucionarios que declamaron contra España y varió de sistema completamente. Por un golpe de ingenio, hijo de su privilegiado talento, para salvar el crédito español, libró á la Francia de una inminente banca-rotta, por lo que mereció las bendiciones y plácemes de ambas naciones. Fué tal la confianza que tuvo en el talento y probidad de Azara el Directorio, que le encargó la formacion del plan marítimo de las escuadras combinadas contra la Inglaterra, el que se trabajó en su palacio de la Embajada de España, y tal el amor que se le profesó, que cuando á fin de 1799 fué depuesto de la Embajada por una intriga de corte, el mismo Directorio quiso mandar uno de sus miembros á Madrid para manifestar, en nombre de la Francia, que solo á Azara se reconoceria por embajador, lo que se hubiera llevado á efecto sin las suplicas y formal repulsa del caballero que se opuso á ello obstinadamente.

Habiendo dejado Napoleon el mando del ejército de Egipto al General *Kleber*, llegó de improviso á París pocos dias antes de la salida de Azara, con el que se avistó al instante, y al abrazarse ambos genios, Azara le informó del estado del país y le comunicó su opinion sobre lo que podia hacerse para defenderle de la anarquía, resistiéndose á quedar en París, como queria aquel, que le ofreció colocarle en el puesto público que mas le halagase ó mantenerle en la grandeza que desease con tal de que se quedase á su lado.

14 DE SETIEMBRE DE 1856.

Reducido Azara á la vida privada, se dirigió á su casa de Barbuñales despues de haber acompañado y servido en Barcelona á su desgraciada amiga la Princesa *Adelaida*, madre de *Luis Felipe*, último rey de los franceses, y aquel pueblecito de Aragón empezó á ser sumamente considerado por toda la Europa.

Se le volvió á nombrar en 1800 embajador en París á instancias de muchos buenos españoles, y dirigiéndose á Madrid á tomar órdenes, se le propuso por los reyes el ministerio de Estado, pero rehusándolo obstinadamente, le condecoraron con la banda y gran cruz de *Cárlos III*, reuniendo al efecto capítulo extraordinario para él en el cuarto del rey, en cuya ceremonia la reina *Maria Luisa* le cosió la placa por su misma mano: en esta ocasión era ya Azara caballero Gran Cruz y Bailío de la orden de Malta, Consejero de Estado y caballero pensionado de la misma orden de *Cárlos III*.

A su regreso á París fué recibido con entusiasmo por Napoleón, por su Gobierno, y por todos los hombres políticos y de letras de Francia que le respetaban y apreciaban por su superior talento.

Nombrados soberanos del nuevo reino de Etruria los infantes de España *Príncipes de Parma*, les alojó en su casa con la mayor magnificencia y generosidad á su paso por París; y como lograrse de Napoleón que á pesar del tratado de Aranjuez que destronaba al Infante Duque de Parma *Fernando I*, padre de los anteriores, no se le removiese de su ducado durante su vida, este agradecido soberano no solo le nombró su embajador principal en París, sino que le dió el feudo y marquesado de *Nibbiano*, en su ducado de Plasencia, para sí y sus sucesores, dignidad que recibió á instancias de su rey.

En esta ocasión se halló Azara en París con seis embajadas diferentes á la vez, cosa que á pocos diplomáticos habrá acontecido, y además tenía poderes extraordinarios para mediar entre la Francia y todos los reinos que estuviesen en guerra con la República.

En 1801 hizo la paz entre España y Rusia; y nombrado en 1802 para representar á España en el célebre *Congreso de Amiens*, obtuvo en él el primer lugar, y como tal firmó el primero el tratado de paz que allí se hizo, en el que logró anular todos los contratos ruinosos de comercio que teníamos con Inglaterra, por los que se favorecía en nuestro país mas á aquellos isleños que á los naturales: fué mirado en Amiens con tanto entusiasmo, que llegó el caso de suspenderse en el teatro la representación para aplaudirle al entrar en su palco.

Por el mal estado de salud del nuevo rey de Etruria, se le quiso mandar á organizar y gobernar aquel reino, pero la temprana muerte del joven soberano impidió que así se verificase; así como su porfiado rehusó, hijo de su modestia, fué causa de que no fuese *Soberano de Malta*, de cuya orden quiso Napoleón hacerle nombrar *Gran Maestro*.

Rota la paz contratada en el Congreso de Amiens entre la Francia y la Gran-Bretaña, aconsejó sabiamente Azara á su Gobierno la neutralidad que guardó España en esta segunda contienda, disminuyendo en mucho con su influjo los sacrificios que Napoleón le impuso para que pudiera conservarla.

Disgustado Azara de las intrigas de su corte, motivadas por las disensiones intestinas de la familia real; cansado ya de trabajar, y deseoso de descansar en su querida Roma para escribir las curiosas *Memorias de los sucesos de su larga vida política*, que puede decirse son la historia de los 50 últimos años del siglo XVIII y cuatro primeros del presente, y de disfrutar de su rica biblioteca, que pasaba de 20,000 volúmenes, y de su precioso museo de antigüedades y de bellas pinturas y de escultura, del que regaló al rey esa bellísima colección de bustos antiguos en mármol, que con su nombre se admiran en el real Museo de Madrid; deseoso de disfrutar todos estos bienes, repetimos, pidió con energía por cuarta vez su jubilación y la obtuvo al fin del año 1803. Libre ya de los negocios, se preparaba á pasar á Italia en compañía de su hermano *D. Felix*, sabio escritor naturalista y distinguido marino, cuando le atajó la muerte el

26 de enero de 1804 á los 73 años de edad. El cortejo de su entierro fué el mas numeroso que habia visto París hasta entonces, pues que asistió á él el Gobierno y todas cuantas personas ilustres habia en la capital: traído su cadáver á España por sus hermanos, fué sepultado en un suntuoso sepulcro de mármol que se ostenta en la iglesia parroquial de Barbuñales, en cuyo pueblo, y en la fachada de su casa, ha colocado el año pasado de 1850 un sencillo, pero elegante monumento en mármol que le recuerde, su sucesor y sobrino el magnífico señor *D. Agustín de Azara*, actual marqués de Nibbiano.

El nombre de Azara se ve citado con elogio en casi todas las obras de historia y de política que se han impreso en España y el extranjero de un siglo á esta parte, y en todas las vidas y biografías de los pontífices, soberanos y hombres políticos de su tiempo, en los que se le reputa como excelente diplomático, escritor puro, eminente artista, sabio anticuario y de gran virtud, probidad y patriotismo.

Además de los muchos trabajos diplomáticos y literarios que no han visto todavía la luz pública, se conocen de Azara las siguientes publicaciones: La edición en 8.º con notas de las obras de *Garcilaso de la Vega*, hecha en 1763, en las que puso un precioso prólogo sobre la lengua castellana. Las *Obras del famoso pintor Mengs* ilustradas con notas, la vida de este artista y el citado Comentario á la belleza, publicadas en 1780. La preciosísima edición ilustrada de *La vida de Cicerón* que tradujo del inglés, Madrid 1790. Las obras del famoso naturalista *Bowles* con notas y un prólogo suyo, publicadas en 1782 y 1789 en Madrid. La lujosa edición de las obras del poeta español *Prudencio*, Parma: la de las exequias de *Cárlos III* con su elogio, Roma 1789. *Obras de Horacio*, Parma 1791. *Obras de Virgilio*, Parma 1793. *La religion vengada*, poema de su amigo el cardenal Bernis, Roma 1793. *Gli Animali Parlanti*, de su amigo el poeta abate Casti. *Memoria sobre la beatificación del venerable Palafox*, Roma. Sus memorias que hemos publicado en 1847, y otras varias obras de que damos razon ó insertamos en la extensa vida civil y política que hemos escrito de este ilustre español.

BASILIO SEBASTIAN CASTELLANOS DE LOSADA.

LAS AMAZONAS.

¿Quién no ha oído hablar de las belicosas Amazonas? ¿Quién no ha pronunciado mas de una vez su nombre? ¿Quién no ha hecho alguna alusion á ellas? — Pocos serán los que se encuentren en alguno de estos casos, y sin embargo la historia fabulosa, ó verdadera y desfigurada de aquellas proverbiales heroínas no es tan popular como á su celebridad corresponderia; he aqui la razon que nos ha movido á dar de ella una breve noticia.

Diódoro Sículo dice haber existido las Amazonas en dos partes del mundo, á saber, en la Escitia asiática, y en la Libia, provincia de Africa, afirmando haber sido estas mas antiguas que las del Asia. La generalidad de los autores que tratan de las Amazonas hablan de las asiáticas, y así de ellas será nuestra narracion sacada principalmente de Justino y Diódoro.

Los escitas, hombres belicosísimos, tuvieron en tiempos muy remotos dos reyes entre los cuales hubo competencias, y discordia que llegó á hacerse guerra civil. Vencido uno de los partidos, dos excelentes varones que á él habian pertenecido, llamados Plinis y Colopikes, expatriados con otros muchos, marcharon hasta los confines del Asia menor, y á pesar de los naturales del país hicieron su asiento y poblacion en las orillas del rio Termonte, que despues de regar la Capadocia entra en el mar Negro llamado por los antiguos Ponto Euxino.

Apoderáronse de los campos y tierras cercanas, en cuya posesion estuvieron hasta que algunos de sus cómarcanos, enojados, se conjuraron secretamente contra ellos, y reuniendo sus esfuerzos y astucias, los envolvieron en asechanzas y engaños, con los cuales lograron por último exterminarlos.

Sabido esto por las mujeres de los escitas, que en el país na-

tal habian quedado, fué tan grande su ira que, con ánimo varonil, determinaron vengar la muerte de sus esposos: tomaron pues las armas en que muchas veces se ejercitaban, y matando á los maridos de algunas, que no habian sido desterrados, para ser así todas iguales en el pesar, juntas emprendieron la marcha hacia el claro Termodonte, rehusando el consorcio de muchos pretendientes compatriotas.

Con mano armada y en buen orden de guerra fueron contra los matadores de sus esposos, los cuales, á pesar de tener noticia del enemigo que sobre ellos venia, no se prepararon á la defensa por creer incapaz al bello sexo de ejecutar grandes hechos militares. Cogieronlos, pues, desprevenidos, pasáronlos á cuchillo y se apoderaron de sus posesiones y haciendas, enseñoreándose de todo. Poblaron al principio en las riberas del mismo rio en que sus esposos habian habitado; y despues extendieron sus conquistas á las provincias limítrofes.

Eligieron entre sí dos reinas ó capitanas, Martesia y Lampedo, cada una de las cuales, con la mitad del femenil ejército, defendia una parte del territorio conquistado, haciéndose apreciar y temer de sus vecinos hasta el punto de creerlas hijas de Marte, dios de la guerra; y al mismo tiempo viviendo en paz y justicia entre sí.

Llegaron á reflexionar que si no tenian sucesion, la guerra, y aun mas seguramente el tiempo, acabarian con ellas y con la nacionalidad que habian fundado, y determinaron casarse con los moradores de una de las inmediatas comarcas; pero queriendo perpetuar la exclusiva existencia de su sexo en el pais que por derecho de conquista las pertenecia, impusieron á sus futuros esposos las notables condiciones siguientes:

1.^a Que solo en ciertas épocas del año los maridos se reunieran en un paraje determinado, donde en su compañía estarian las mujeres hasta que tuviesen sospechas de hallarse embarazadas; y entonces volverian al pais de las Amazonas.

2.^a Que si lo que naciese fuera hembra, la criarian á su lado y la educarian é instruirian en el manejo de las armas y en los ejercicios propios del sexo fuerte, como montar á caballo y salir á caza menor y mayor.

3.^a Que si era varón, le enviarian á criarse y vivir con sus padres; ó si algunos quedasen con sus madres los debilitarian las piernas y los brazos de tal modo que nunca pudiesen manejar las armas, y se servirian de ellos para hilar, tejer y otros oficios femeniles.

Bajo estas condiciones se casaron.

Como las Amazonas usaban mucho el arco y las flechas, y como para manejar estas y otras armas les parecia que las estorbaban los pechos, quemaban los del lado derecho á las niñas recién nacidas, de lo cual les provino su nombre, porque en griego la *a* es partícula privativa que quiere decir *sin*, y *mazos*, pecho de leche; aunque otros dan diferente etimología á esta denominación.

Andando el tiempo y habiendo estas heroínas aumentándose en número y crecido en poder, dejaron bien guarnecida su tierra con la parte de ellas que les pareció suficiente, y con buenos preparativos se lanzaron á conquistar nuevos terrenos. Con ímpetu irresistible, caminando hacia el norte, fueron apoderándose de los pueblos á que llegaron. Pasaron el rio Tanais, entraron en Europa, conquistaron en ella varias provincias y bajaron hasta la Tracia, desde donde se volvieron, ufanas con sus numerosas victorias y cargadas de ricos despojos, á sojuzgar tan gran parte del Asia, que se extendieron hasta el mar Caspio. Poblaron muchas y muy célebres ciudades, entre las cuales la de Éfeso en que estuvo el renombrado templo de Diana tenido por una de las Siete Maravillas. Esta insigne poblacion fué siempre la capital de las comarcas del Termodonte, y cabeza del reino de las Amazonas.

Estas usaban unos escudos en forma de medias lunas, y en las batallas, como los lacedemonios, música de flautas para avivar el entusiasmo bélico.

Mas tarde, habiéndose extendido la fama y renombre de tan extraordinarias mujeres, el rey de Atenas Euristéo encargó

á Hércules, creyéndolo imposible, que fuese con la gente y demás medios necesarios, á traerle las armas de una de las dos reinas de las Amazonas que á la sazón eran hermanas y se llamaban Antiope y Oritia. Hércules, ansioso de honra y fama, obedeció el régio mandato, y en compañía de Teséo y otros héroes, navegando por el terrible Ponto Euxino con buen número de bajeles y de la mejor gente que pudo ser habida, llegó á la embocadura del Termodonte, subió por él lo mas presta y secretamente que le fué dable, y llegó á la corte de las Amazonas al tiempo que Oritia, con la mayor parte de sus subordinadas, estaba fuera de su reino haciendo guerra á los extraños, y Antiope, creyéndose muy segura, y distante de pensar en que nadie osase atacar sus estados, no podia prever semejante acaecimiento. Hércules saltando en tierra con toda su gente, sorprendió á las Amazonas y á su misma reina.

Corrieron á las armas y pusieronse en defensa del mejor modo que lo apurado de la situacion lo permitia; pero fueron derrotadas por Hércules, y muchas de ellas muertas ó cautivadas, siendo de este número dos hermanas de las reinas, Menalipa hecha prisionera por el mismo Hércules, é Hipólita que lo fué por mano de Teséo. La reina Antiope queriendo libertar á sus hermanas rogó á Hércules que la restituyese á Menalipa, y el héroe accedió con la condicion de que la reina le diese sus propias armas, lo cual era conseguir el objeto por que habia hecho su guerrera expedicion. No tuvo Antiope tan feliz suceso con Teséo porque este, lejos de devolver á Hipólita, se la llevó consigo y despues se casó con ella, naciendo Hipólito de este matrimonio.

Hércules, cumplido su deseo, volvió con sus compañeros, llenos todos de regocijo por haber llevado á cabo la empresa encomendada por su rey.

Oritia, sintiendo un profundo pesar y creyéndose afrentada al saber lo acaecido, volvió rápidamente con todo el ejército de heroínas á su reino, y persuadió á su hermana y á todas las demás Amazonas, á que fuesen á hacer la guerra contra los griegos para vengar la afrenta recibida. Hizo grandes preparativos, reunió y armó el mayor número de mujeres que pudo, y pidió tropas auxiliares á Sigillo, rey de los escitas, diciéndole que á él le tocaba la deshonra por ser ellas oriundas de la Escitia, como redundaria en honor suyo la victoria que alcanzasen. Sigillo, movido por los ruegos y razones de Oritia, envió, en ayuda de esta, á su hijo Penaxágoras acaudillando una numerosa falange de caballería.

Oritia á la cabeza de su propio ejército, y con las tropas auxiliares de Sigillo, entró por Europa y llevó la guerra á los confines de Atenas; pero la tea de la discordia prendió su terrible fuego escitando el odio entre Amazonas y escitas, llegando hasta el caso de no querer estos pelear. Oritia privada de su auxilio no pudo con sola su gente resistir al ímpetu de los griegos, y las heroínas fueron vencidas, muriendo unas en el combate y huyendo otras á acogerse en el campamento de Penaxágoras, quien á pesar de sus discordias las dió hospitalidad y defensa. Las que de esta catástrofe se libraron volvieron con muchos trabajos y pérdidas á los dominios de Oritia, cuyo poder y prestigio quedó muy debilitado con tan aciagos acontecimientos.

Cuando los griegos pasaron al Asia á hacer la célebre conquista de Troya, reinaba entre las Amazonas una de linaje real llamada Pantasilea, la cual, por amistad con los troyanos, ó mas bien por el odio antiguo y heredado á los de Grecia, fué con sus súbditas á socorrer aquella ciudad. Muchas y muy señaladas fueron tambien entonces sus heroicas acciones; pero vencidos los troyanos en algunas de sus salidas de la plaza, la reina Pantasilea fué muerta por mano de Aquiles, y las demas Amazonas que no huyeron á su patria, tuvieron el mismo fin trágico de su soberana.

Menguado el poder de las pobladoras del Termodonte, apenas podian sostenerse y defender sus posesiones, á pesar de continuar siempre con las mismas costumbres y bélicos ejercicios, cuando el magno Alejandro, rey de Macedonia, hizo la guerra al Asia. Hallándose este gran conquistador en la provincia de Hircania, la reina amazona Talistris, con un numeroso acom-

pañamiento de las suyas, salió de su reino y fué hacia Alejandro en alas del deseo de conocerle personalmente. Llegada cerca de él, le envió un embajador solicitando verle: lo cual concedido, dejó ordenada la mayor parte de su gente donde se hallaba, y acompañada de las mas principales Amazonas llegó á la presencia del gran soberano. Apeóse de su caballo teniendo en la mano derecha dos lanzas, y Alejandro con benevolencia la dijo que *pidiese lo que quisiese y la seria otorgado*: á lo cual contestó que *no venía á pedir estados ni favores, sino solo á ver al monarca de quien tantas maravillas propalaba la fama*. — Permaneció en compañía de Alejandro algunos dias, al cabo de los cuales se volvió á su país.

Por último, disminuyéndose con el tiempo mas y mas el poder de las Amazonas, se anonadó su reino despues de un largo periodo de existencia y de haber dominado en una grande extension de territorio.

De las Amazonas escribieron, como de cosa positiva, Trogo Pompeyo, y Justino (lib. 2.^o). — Diódoro Sículo (lib. 3.^o y 4.^o). — Paulo Orosio (lib. 13). — Marciano Capela (lib. 9.^o). — Quinto Curcio (lib. 6.^o). — Herodoto (lib. 4.^o). — Solino (cap. 27 y 63). — Pomponio Mela (cap. 1.^o). Servio, Amiano Marcelino y otros muchos autores antiguos. Solo Estrabon, despues de narrar la historia, manifiesta repugnancia á creerla.

A.



M. BATAVIERO

Monumento conmemorativo de Azara, ejecutado en Roma por Canova.

FORTIFICACION.

RÁPIDA RESEÑA HISTÓRICA.

La necesidad que hay de tomar precauciones contra los que pueden venir á atacar una poblacion, ha dado al arte de fortificar las plazas un lugar considerable entre las partes de las matemáticas: el origen de la fortificacion no es dudoso.

Cain habiendo matado á su hermano Abel edificó una ciudad (es decir, una poblacion murada grande ó pequeña), para que le sirviera de abrigo contra el odio y horror del linaje humano.

Despues del diluvio, dice la Sagrada Escritura, que Nemrod empezó á ser poderoso en la tierra; y en el décimo del Génesis se lee el cómputo de las plazas fuertes de este primitivo conquistador. El mismo puso los fundamentos de Nínive, y esta ciudad se aumentó despues tanto, que Diódoro de Sicilia la da el recinto de 480 estadios, que hacen sobre 20 leguas; pero debe notarse que, segun los descubrimientos hechos en los últimos años despues de que se han empezado á hacer excavaciones en sus ruinas, aquel recinto no estaba lleno de casas, sino que estas se hallaban rodeadas de tierras de labor, que en caso de sitio proveian de víveres á los sitiados con los frutos de la tierra, y ganados que en ella se apacentaban. Las murallas eran de

100 pies de alto, flanqueadas por 500 torres de á 200 pies, y con un grueso tan considerable, que podían pasar por encima tres carros marchando de frente.

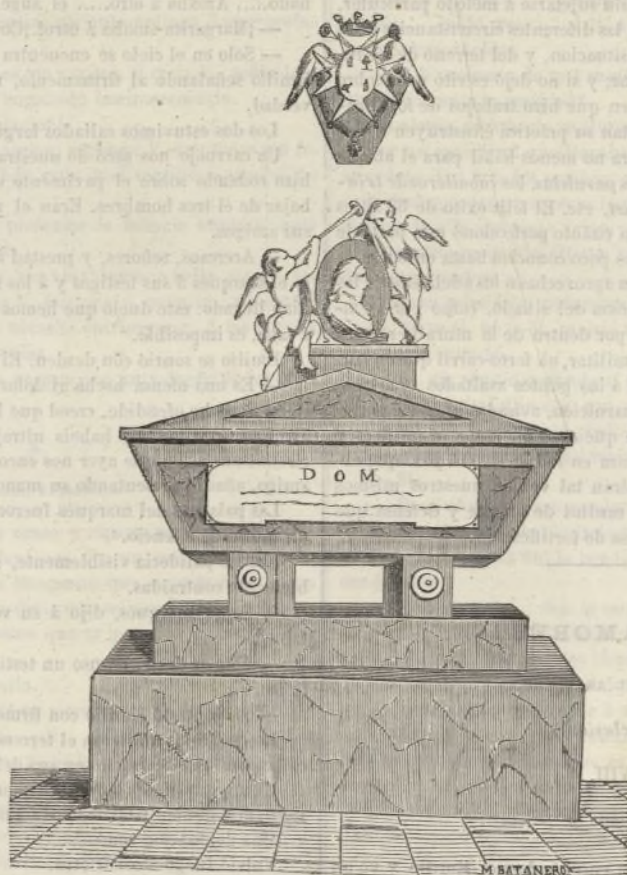
Babilonia, rival de Ninive, se vanagloriaba menos de sus riquezas, de lo numeroso de sus habitantes, y de su vasta extensión, que de sus tres murallas de 50 codos, ó sea $12\frac{1}{2}$ toesas de grueso, de sus torres simétricamente situadas y de una elevación admirable, de sus 100 puertas de hierro, de su foso que recibía las aguas del Eufrates, y de todas las obras que había inventado el arte para hacer una plaza inconquistable. Esta soberbia ciudad era la llave de Nabucodonosor, el mas poderoso de sus reyes.

Ecbatana fundada por Deyoces, primer rey de los medos, excedió á Babilonia; siete recintos de murallas se elevaban por grados para impedir que las exteriores cubriesen el parapeto de las de adentro, y el que jugasen los efectos de las máquinas de guerra.

Faraon, rey de Egipto, el perseguidor de los israelitas, hizo edificar en los confines de sus estados las fortalezas de Phiton y Ramases, segun lo atestigua el Éxodo.

El Paralipómenon nos representa á Ezequías atento á reparar los muros y plazas de los israelitas, y á construir torres de trecho en trecho, y cercando el primer muro con otro exterior. En el libro quinto de la Guerra Judaica, escrito por el judío Flavio Josefo, vemos á Herodes cercar á Jerusalem con un tercer muro, á excepcion de la parte que correspondia á los valles por donde la ciudad nada tenia que temer. Sobre estos muros ponían los hebreos sus máquinas para lanzar gruesas piedras y otros proyectiles. Los sitiadores usaban tambien de máquinas mortíferas que colocaban sobre terrados ó plataformas, y hacían atrincheramientos para ponerse á cubierto de las salidas de los sitiados.

Los griegos tomaron de los orientales, al par que las armas ofensivas y defensivas, su método para el ataque y defensa de



Sepulcro de Azara en Barbuñales.

las plazas, la manera de acampar, el órden de las marchas, y el modo de poner las tropas en batalla. Para convencerse de esto basta cotejar lo que leemos en la Biblia relativamente al arte militar de los hebreos, con lo que dice la Iliada de el de los antiguos griegos: tenían carros de dos, tres ó cuatro caballos; la caballería unas veces se mezclaba con los carros, y otras estaba totalmente separada; la infantería se dedicaba á sostener á la gente de á caballo; y, viniendo á lo que mas en particular concierne al arte de fortificar, se ven entre los griegos los dos recintos de las ciudades, que ordinariamente tenían siete cuerpos de guardia de á 100 soldados.

Los celtas y otras naciones bárbaras conservaron la manera

tosca de fortificar las ciudades hasta los tiempos en que los romanos los hicieron la guerra.

Los etruscos tomaron de los griegos el modo de defender las plazas, y de los etruscos los romanos. Estos hacían en las plazas fuertes muchos círculos ó rodeos, porque los ángulos avanzados son favorables á los sitiadores: las torres flanqueantes eran redondas, ó de fachadas; y los puentes levadizos, interrumpiendo el tránsito por encima de la cortina (la parte de la muralla comprendida entre torre y torre), detenían al enemigo en el caso de haberse este apoderado de alguna parte del muro. Los romanos hacían las murallas en sitios domitados por alguna eminencia, desde la cual se podía pasar á las murallas á piso llano.

Este método se observó hasta la invención de la artillería, pero después de esta se hicieron terraplenes y bastiones redondos ó cuadrados, mucho mas gruesos que las torres, sin cambiar por de pronto la forma de la defensa. Si en Toledo y en alguna otra parte se había empleado en tiempos anteriores alguno de estos que se consideran nuevos elementos de fortificación, no aparecen como parte de un sistema, sino como hecho aislado, producto, tal vez, del talento de algun individuo; pero no generalizado en su época, acaso por no conocerse entonces toda su importancia, é ignorado casi totalmente hasta hace poco tiempo.

El veronés San-Michaeli inventó los bastiones triangulares y las casamatas, creando, por decirlo así, un arte nuevo. Las ciudades de Verona y Candia se fortificaron según esta última invención, y sus bastiones sirvieron largo tiempo de modelo para otras plazas.

Este arte, así nacido en Italia, se cultivó por las demás naciones europeas; y llegó á una gran perfección entre los franceses.

La adhesión servil á algunas reglas, por lo común no muy fundadas, fué el escollo en que dieron cuantos trataron de esta materia. El célebre Vauban, sin sujetarse á método particular, mudó cuanto le pareció, según las diferentes circunstancias de la extensión de las plazas, de su situación, y del terreno de los lugares que se habían de fortificar; y si no dejó escrito nada sobre su arte, 300 plazas antiguas, en que hizo trabajos de fortificación, y 33 modernas, manifiestan su práctica é instruyen mejor que los libros. Este general era no menos hábil para el ataque que para la defensa: inventó las *paralelas*, los *caballeros de trinchera*, las *barreras de Ricochet*, etc. El feliz éxito de 53 sitios que dirigió, muestra muy bien cuánto perfeccionó esta parte de la guerra, tan importante como poco conocida hasta entonces.

En estos últimos años se han aprovechado los adelantos de las ciencias para mejorar la condición del sitiado, como por ejemplo, se ha hecho en París que por dentro de la muralla recorra el recinto, además del camino militar, un ferro-carril que en cortísimo tiempo puede trasladar á los puntos asaltados una gran cantidad de las tropas de la guarnición, avisadas al efecto por el telégrafo eléctrico. Es creíble que estos adelantos científicos y otros, que no es fácil prever para en lo sucesivo al paso que algunas ciencias progresan, podrán tal vez en nuestros mismos días hacer descubrir nuevos medios de ataque y defensa que cambien una vez mas el sistema de fortificación.

¡¡DOS AMORES!!

Á MANUEL ARAMBURU.

(Conclusion.)

VIII.

Dolor, lágrimas y pólvora.

A la mañana siguiente nos encontrábamos Emilio y yo en una sombría alameda extramuros de esta capital. Emilio descuidado en el vestir, pálido, no apartaba la vista del suelo y se le escapaba de cuando en cuando suspiros capaces de enternecer á las abrasadas arenas que miraba.

— Emilio, valor. ¡Qué diablos! Todo se remediará....

— ¡Ay amigo mío!.... ¡Cuánto agradecería que la bala de mi adversario atravesase mi pecho y cortara una existencia maldita, condenada al sufrimiento, al dolor, á las lágrimas!....

— ¡Emilio! ¡Emilio!

— Sí. ¡Qué me importa vivir sin ella!.... ¿Lo ves? ¡Ah! añadió con voz desgarradora contemplando una gota de sangre negruzca que manchaba uno de los puños de su camisa. ¿Lo ves? No abandonará la muerte su presa hasta dejarla en el sepulcro. ¡La enfermedad es terrible! ¡Dios mío! ¡Dios mío!.... exclamó crispando las manos.

— Bien, Emilio, bien: admiro tu conformidad: ¿es esa la

fortaleza que tenemos que mostrar ante las adversidades?....

Un peligro vulgar que arrostramos con serenidad se llama valor; sufrir los males que la Providencia nos envía es también valor; el primero forma los héroes, el segundo demuestra en qué grado el cristianismo está arraigado en nuestros corazones.

— Pero, amigo mío, ¿sabes la inmensidad de mi desgracia? Oyeme y me compadecerás, me ayudarás á verter lágrimas amargas que me despedazan al verterlas.

— Eres mi amigo, Emilio, y tienes derecho á exigirte cuantos sacrificios me pidas....

— Pasó para mí la dulce edad infantil sincera y florida. Llegó la edad del amor y amé con el alma.... La mujer que recogió las simpatías de mi corazón me despreció.... Escribí con el entusiasmo de la pasión y el público no me comprendió.... No podía volver á amar porque creo no se puede amar mas de una vez como he amado; sin embargo, una mujer angelical me subyugó; nuestro querer fué apacible, corrieron nuestros amores como cristalino arroyuelo murmurando entre purpúreas rosas y embalsamadas auras: ese ángel también me ha engañado.... Amaba á otro.... el ángel se trasformó en mujer....

— ¡Margarita amaba á otro! ¡Con que todo es mentira!....

— Solo en el cielo se encuentra la felicidad: allí, exclamó Emilio señalando al firmamento, únicamente se encuentra la verdad.

Los dos estuvimos callados largo tiempo.

Un carruaje nos sacó de nuestras reflexiones. Al ruido que hizo rodando sobre el pavimento volvímos la cabeza y vimos bajar de él tres hombres. Eran el marqués de la Clavellina y sus amigos.

— Acercaos, señores, y prestad atención á mis palabras, dijo el marqués á sus testigos y á los nuestros que hacia poco habían llegado: este duelo que hemos ajustado no se puede llevar á cabo, es imposible.

Emilio se sonrió con desden. El marqués continuó.

— Es una ofensa hecha al dolor tratar de efectuarlo, caballero. Si os he ofendido, creed que ha sido causa de mi carácter arrebatado; si vos me habeis ultrajado lo achaco á las fatales circunstancias en que ayer nos encontramos, y os perdono como amigo, añadió presentando su mano á Emilio.

Las palabras del marqués fueron pronunciadas en medio de un profundo silencio.

Emilio palidecía visiblemente, sus facciones estaban terriblemente contraídas.

— Señor marqués, dijo á su vez, no admito vuestras palabras.

— Esto es decir, repuso un testigo, que quereis formalmente batiros.

— Sí, contestó Emilio con firmeza.

Los padrinos midieron el terreno, examinaron las pistolas y colocaron los adversarios en sus debidos puestos.

El marqués debía tirar el primero, en el primer disparo. Los siguientes debían tirar los dos á un tiempo.

Una detonación sonó.

Volvió luego á sonar otra.

El espacio se cubrió de un humo denso: al disiparse Emilio estaba en pie y á su frente el marqués en la misma posición, con la diferencia que su sombrero estaba agujereado con un balazo.

— ¿Persistís aun en vuestra idea? preguntó á Emilio uno de los testigos del de la Clavellina.

— Otra pistola, contestó aquel con energía salvaje.

— Continuaremos cuantas veces gusteis, repuso el marqués cogiendo otra pistola á imitación de su adversario de manos de los padrinos. No creais que es mi cobardía lo que me hace mirar hasta con horror nuestro combate, no; Margarita es una mujer digna de vos: si ocasionais mi muerte ya no os mirará ese ángel sino con horror; si por el contrario os matase, á lo que no estoy dispuesto, apresuraria su muerte envenenando los cortos días de su existencia.... Cuanto habeis visto es obra de una mujer que con maquiavélica astucia....

— El anónimo que recibí ¿era de esa mujer? preguntó Emilio.

— De la misma que me obligó á ir aquella mañana á casa de Margarita.

— ¿Quién es ella? ¿La conozco?.... Decídmelo su nombre.

— Everilda de.... contestó el marqués.

— ¡Maldición!.... Ha asesinado á mi ángel ese tigre.... gritó colérico Emilio tirando al suelo en un acto de irreflexión su amartillada pistola, que saliendo la bala de ella con la violencia del golpe, fué á clavarse en el pecho del joven, el que cayó anegado en su sangre.

— El marqués fué el primero que voló en su socorro.

IX.

Que es un epílogo anticipado ó un prólogo mal colocado.

Este capítulo es tan útil como inútil.

Está V., lector, tan dispensado de leerle como yo no lo estoy de escribirle.

Viene á ser una advertencia, un ante-epílogo ó post-prefacio, es todo y no es nada.

Lo que me resta relatar es muy triste; si creía V., señor lector, que se iba á reír, se ha engañado lastimosamente.

¡Qué lamentable equivocación!

Dé V. por terminada la acción: suponga V. que todos son felices y no continúe V. leyendo estos mal escritos capítulos; no perderá V. nada á fé mía.

La historia me obliga á presentar la miseria humana; ante la necesidad no hay poderes.

Si es V. sensible, lectora, tan amable como bella, siga V. leyendo. Por el contrario si es V. burlona ó escéptica, no continúe V. adelante porque no necesita entristecerse, ó las escenas siguientes le parecerán ridículas.

Lector, á tí nada te digo, porque eres muy dueño de hacer lo que te acomode.

X.

La vida es sueño.

El sol está próximo á su ocaso y esparce un rojizo tinte en una alcoba de la calle de Jardines. En un modesto lecho está Margarita; pero no es ya la Margarita que conocíamos. De sus hermosas facciones se puede decir que no queda mas que unos grandes ojos azules que parecen querer penetrar hasta la oscuridad.

La madre vela cerca de ella.

— ¿Dónde está? ¿Por qué no viene?.... ¡Ya no me ama!.... ¡Ah! No, no marqués.... no.... él.... Pérfido.... ¡Qué miradas me echó!.... Emilio, Emilio: no sé lo que quiere este hombre. Tú.... solo....

¡Pobre madre! cómo sufría apagando sus sollozos. Vertía sus lágrimas gota á gota en su corazón, por no contristar vertiéndolas en las mejillas de su desgraciada hija.

— Hace quince días, continuaba la enferma, que no viene; pero si viene nos iremos al campo, ¿no es verdad, mamá? Cuidaremos las dos de la casa, alimentaremos tiernas palomillas, repondrás tu salud completamente, irás del brazo de Emilio y del mío, y á la tarde, cuando el trabajador vuelve á su morada, cuando el rebaño vuelve á sus rediles, cuando la luna pálida tiende su blanca luz, cuando la campana nos diga con su voz metálica «ya hay un día menos en los años de vuestra vida», entonces nos arrodillaremos ante la majestad del Eterno y le pediremos con una fervorosa oración que no nos abandone, y le tributaremos acciones de gracias por sus beneficios, y Dios oirá nuestras súplicas.... porque es muy bueno....

— Sí, hija mía, tan poderoso como benéfico, decía sollozando la buena madre.

— ¡Qué dulce vida nos aguarda! Ya se acabaron los padecimientos, porque Emilio me ama.... y ya viene.... ¿No sentís

sus pasos?.... Sube la escalera, ya entra.... ¡Emilio! gritó Margarita, ¿cómo no has venido? Emilio, te amo.

La madre sepultó su cabeza entre las manos: al mismo tiempo entró un caballero en la estancia.

— ¿Cómo sigue? preguntó á la madre.

Un sublime gesto de dolor y resignación le respondió.

— ¡Pobre Margarita! murmuró acercándose á la enferma el caballero.

— ¡Emilio, Emilio! qué feliz me haces. Dime que no me desprecias.... ¿Me amas?.... ¿No me dices que sí?.... ¡Ah! ah pobre Margarita.... ¿Qué te resta, infeliz, en el mundo.... sino él? Y él también ha concluido para tí.... ¿Qué te resta, Margarita?

¡Pobre madre, ni una palabra para ella!

El desconocido abandonó una mano que Margarita le había cogido y que besaba con frenesí.

Unos pasos lentos y perezosos sonaron en la habitación cercana, y una sombra se dejó caer en un sillón con pesadez.

— Me amas; ya lo sabía yo.... y creías que te engañaba.... pero no: á él nunca.... á tí siempre.... él es bueno.... pero su delirio.... no lo creas.... á tí, á tí, y besaba Margarita la mano del desconocido.

— ¡Oh insensato de mí! rugió el que estaba sentado.... ¿A qué dudar ante la realidad?

La alcoba de repente se iluminó con una luz opaca producida por un gran farol que llevaba un sacristán que seguía á un sacerdote. Las grandes sombras proyectadas por él en la pared contribuían á dar un aspecto lúgubre á esta escena.... Los personajes de ella apenas se veían.

Margarita recibió la última unción de la iglesia con serenidad y sonriéndose.

Después miró á los circunstantes atentamente.

— No es él, no es él, repitió asombrada mirando al primero que había entrado.

— Él, él, repitió mirando al que estaba sentado. ¡Emilio!

— ¡Margarita! dijo este con voz cavernosa, ¿me amas aun?

— ¡Siempre! contestó aquella.

— ¿Consientes en ser mi esposa en este mundo?

— Sí.

— Pues unamos nuestras almas, dijo Emilio.

El sacerdote que había llevado el último sacramento, conteniendo sus lágrimas dió la bendición á las unidas manos de los dos jóvenes.

— ¡Padre mío!.... dijo al sacerdote.... ¿me muero?

— Hija mía, contestó este, mueres para los hombres, vivirás para el cielo.... Los ángeles impacientes baten sus doradas alas al rededor de tu lecho esperando el momento que se les una un serafín mas que les acompañe á cantar las glorias del Altísimo.

«Salid de este mundo, alma cristiana, en el nombre de Dios padre todo poderoso que os ha creado; en el nombre de Jesucristo, hijo de Dios vivo, que ha perecido por vos; en el nombre del Espíritu Santo que se difundió por tí.» continuó el sacerdote.

XI.

El sueño de la vida.

Una murga batió sus destemplados sonos al viento en el momento que Margarita dejaba este mundo perecedero.

Era un bautizo lo que celebraba.

¡¡¡Unos nacen y otros mueren!!!

Emilio había caído en su sillón con los ojos cerrados.

— Duerme, duerme, infeliz, exclamó el marqués de la Clavellina, que era el otro desconocido, contemplando al joven.

Por una extraordinaria casualidad aquella noche se estrenaba un drama de Emilio que no lo había podido ser quince días antes, como anunció Everilda, por una repentina indisposición

de uno de los actores que en él debía jugar un principal papel.

Asustado el marqués por el largo sueño de Emilio, penetró en la estancia que dormía seguido de un hombre vestido de negro en la mañana del siguiente día á la muerte de Margarita.

— ¿Cómo se ha dejado salir á este caballero? preguntó el de negro. ¿No sabía él que su herida era mortal y que gracias á mis desvelos se ha logrado, si no salvar, al menos prolongar su existencia?

— ¿Cómo? ¿Será posible? preguntó el marqués.

— Muy cierto, marqués, respondió el doctor pulsando á Emilio, y retrocediendo dos pasos volvió á pulsarle y á poner su mano el corazón.

— ¡Nada, nada! ¡Está muerto! exclamó.

— ¡Muerto! ¡Muerto! repitió el marqués dolorosamente.

— Emilio, te doy la enhorabuena; tu drama se ha aplaudido estrepitosamente, dijo una mujer que entraba en la estancia.

— Salud, señora, gritó el marqués; no profaneis recintos sagrados.... Emilio ya no existe.

Everilda dió un grito.

— Y yo que le amaba.... Perdon, Emilio, perdon.

— Señora, ya es tarde, dijo solemnemente el marqués.

Everilda no pudiendo resistir mas, dió con su cuerpo en el suelo.

Emilio que habia hecho su reputacion literaria por el amor, por él tambien moria.

Everilda que amaba con el corazón, creia que era una ridiculez hacerlo así y suicidó una pasion que pudo hacerla feliz.

Margarita, dulce y delicada jóven que cual la flor con un poco de cuidado podia haber disfrutado de un risueño porvenir, moria por los celos de la orgullosa Everilda que amaba á su pesar á Emilio y que le queria mas á medida que él la amaba menos.

XII.

Epilogo.

Margarita y Emilio yacen el uno al lado del otro en el cementerio de la sacramental de S. Luis.

Everilda es una de las jóvenes mas virtuosas de nuestra sociedad: su desgraciado amor la ha purificado. A veces cae en un profundo éxtasis. Palabras confusas salen de sus labios.

— Perdon, perdon, dice.... Ya es tarde, ya es tarde.... concluye.

Al salir de estos éxtasis su mano se abre mas pródiga que nunca al desgraciado.

El castigo que sufre la orgullosa jóven está preparado por ella, ella misma se ha herido; el puñal que pensaba dirigir á otro se ha vuelto contra sí; contaba con su poder como mujer sin considerar que hay un poder superior á todos los poderes. ¡La Providencia!

El castigo de su coquetería.... es terrible.

La conciencia es un gusano roedor.... que acabará con ella: piensa que para ella no hay mas expiacion.... que una vida ejemplar dedicada al bien de sus semejantes y á la felicidad de enamorados jóvenes, que Everilda hace con placer y llanto. Se acuerda que destruyó por sí la suya.... ella que hace la de muchos.

El marqués de la Clavellina viaja en el extranjero.

La pobre madre de Margarita va á llorar todos los dias al cementerio en que reposa su amada hija.

FRANCISCO DE ESPÍNOLA.

El filósofo Anacarsis se admiraba de que los griegos castigasen á los injuriadores, al par que daban honores á los atletas que se herian mutuamente.

Aristóteles decia que era de vanidosos el alabarse á sí mismos, y de tontos el vituperarse.

Sonetos.

1.º

PANCRACTIA LA SOLTERONA.

Dotada de descoco y desparpa—jo
carece la Pancracia de cote—jo
en eso de rajarnos el pelle—jo,
olvidando que es ella un espanta—jo.
Dice que nadie su atencion distra—jo,
pero si hoy deja de tener corte—jo
es porque ni con todo su despe—jo
atrapar no logró ni un calandra—jo.
Su alma misera roe fuerte pu—jo
de hacer hoy *papelón*, y es casi fi—jo
que tan solo por eso gaste lu—jo.
A los pollos prepara un armadi—jo,
mas de él huyen, y ahógala el eno—jo
por tener de *casaca* vivo anto—jo.

2.º

LA PEPA.

Pequeños ojos garzos, ancha ce—ja
narices afiladas cual nava—ja
tiene la Pepa, y como rica alha—ja
una boca rasgada hasta la ore—ja.
A todos, á pesar de no ser vie—ja,
á comer sin los dientes aventaja—ja,
maneja que es un gusto la bara—ja
y es mas astuta que una comadre—ja.
El arte no conoce de la agu—ja,
mas si algun petimetre la sonro—ja
en la cara un buen *siete* le dibu—ja.
A los peligros con valor se arro—ja
mereciendo el epíteto de bru—ja
porque al mar que se tire no se mo—ja.

DAVID ACEBÁL Y DE ROCHAMBEAU.

Geroglífico.



Director y propietario D. MANUEL DE ASSAS.

Madrid.—Imprenta de la VIUDA DE PALACIOS.